

**Juan Orbe (compilador), *La situación autobiográfica*  
Buenos Aires, Corregidor, 1995, 168 páginas.**

(Participantes: Djelal Kadir, Margo Glantz, María Inés Lagos, Gabriela Mora, Josefina Ludmer, Carlos Pérez, Tamara Kamenszain, Jorge Glusberg, Eduardo González, Randolph Pope, Guy Mercadier, Carlos Brück, Carmen Heuser, Martha Pérez, Jorge Halperín, Walter Mignolo, Doris Sommer, Juan Orbe, Alicia Borinsky, Alberto Moreiras).

*La situación autobiográfica*, compilación de Juan Orbe —profesor de literatura comparada en Wake Forest University—, resultó de un coloquio organizado por la Fundación Proyecto al Sur en la Americas Society de Nueva York en octubre de 1993. Asimismo, dicho encuentro sucedió a una primera experiencia llevada a cabo el año anterior en Buenos Aires y que dio lugar a una publicación anterior: *Autobiografía y escritura* Juan Orbe compilador, Bs. As., Corregidor, 1994.)

Hay una línea temática que aúna varias de las ponencias y esto se relaciona obviamente con la especialidad de la mayoría de los expositores en la reflexión sobre la escritura autobiográfica iberoamericana. Las cartas y los *memoranda* de Colón; el período colonial del que se rescata a la subjetividad femenina forzada a escribirse; los intelectuales que más tarde combinan sus biografías con la constitución de los estados nacionales y los escritores hispanoamericanos de las últimas décadas: varios trabajos contribuyen a un bosquejo colectivo del espacio autobiográfico, que pone de manifiesto la adscripción el cuestionamiento o el rechazo al modelo canónico europeo.

Como señala Juan Orbe en el prefacio, aunque no lo haríamos extensivo a todos los autores, en general hay consenso para no considerar la escritura introspectiva desde una inmanencia genérica, sino más bien como estrategia de lectura, con atención entonces a la producción textual y no a la recuperación biográfica. De modo que como categoría epistémica trasciende para implicarse en cuestionamientos varios, como el más elemental de todos ellos, la constitución del sujeto modélico proveniente de los albores de la modernidad europea y su posterior deconstrucción por parte de teorías de la segunda mitad de este siglo.

Así, en el artículo de Djelal Kadir, los escritos de Colón concebidos como “espectáculo autorreforzador”, no obstante “trocan una autopresentación personal en una autoinvención impersonal más interesante”, imbuida en sus últimos años de una inestabilidad discursiva. Y esa traición al objetivo primero, convierte a Colón en paradigma del género. Este modelo se refuerza con la marginalidad del conquistador en el contexto español, de modo que sus esfuerzos autobiográficos luchan contra la exclusión. “Un lugar común del género define la autobiografía como acto compensatorio por la marginalización”, entendida en este caso como una situación precaria dentro del poder imperial del que Colón era agente pero ajeno. Esa misma imprecisión del espacio autobiográfico es concebida como dinámica del borde o *bordure* por Jacques Derrida, concepto que Margo Glantz asocia a cierta expresión del hagiógrafo de sor Juana Inés de la Cruz: “límite, entre la vida y la obra, el sistema y el sujeto del sistema, que atraviesa los dos cuerpos, el corpus y el cuerpo, objeto de la autobiografía”. “Diego Calleja, el sacerdote jesuita, hablando de Juana niña, señala que ella “se impacientaba, con la *orilla* que la naturaleza le puso, delimitación que connota, entre otras, la propia del discurso con respecto al género sexual. Inscripta prodigiosamente en los saberes del mundo masculino, Glantz señala que sor Juana se encuentra privada por época y por suerte de “maestros”. La legitimidad de su discurso “bastardo”, como ella misma, sólo puede serle otorgada por la institución conventual y por el linaje de mujeres sabias que intentará definir en la “Respuesta a sor Filotea”.

Una problemática similar en la que también aparece lo autobiográfico por coerción, del confesor, presenta la *Relación* de Úrsula Suárez, monja chilena del siglo XVII, a la que se referirán María Inés Lagos y Walter Mignolo en sus respectivos artículos. La primera acude a las teorías lacanianas sobre la constitución de la identidad femenina para dar cuenta de los indicios textuales de la diferencia sexual. Lagos llega a ver la proporción limitada de papel para escribir, por parte del confesor, como parte de aquella coerción. Quizás en el artículo más agudo de la compilación, Mignolo pone en relación el escrito de Úrsula Suárez, con el relato contemporáneo de Rigoberta Menchú (oriunda de la comunidad maya Quiche) llevado a la escritura por Burgos Debray, y las declaraciones de Leslie Marmon Silko (proveniente de los Pueblos de Laguna). Justificando esa agrupación, Mignolo subraya “la dificultad que tenemos todavía de desasociar las prácticas culturales-literarias de las lenguas nacionales”, Encuentra que hay autobiografías por mandato, por emancipación y una tercera posibilidad que suele vincular a las anteriores: la resistencia misma a la autobiografía. En este último caso, donde entrarían las mujeres

mencionadas, se produce la expresión de la violencia que ejerce ese modelo occidental canónico sobre pautas comunitarias que le son totalmente ajenas. La relación autobiográfica concebida como *bildungsroman* surge de una lógica lineal que manifestaría el devenir de un sujeto en individuo exitoso, acorde con la concepción témporo-espacial que empieza a regir con la modernidad. Pero en las comunidades nativas aparece, no sólo una desconfianza frontal hacia la escritura, sino una discursividad contraria, rizomática o de “tela de araña”, así como una completa indiferenciación del sujeto en la comunidad de pertenencia. Tal vez este interesante planteo con varias implicaciones que no es factible desarrollar aquí no justifique el lugar extremo que Mignolo asigna a la autobiografía, cuando señala que ésta “contribuye a la consolidación de la idea de Europa, a las complicidades de la letra alfabética con el poder y a la justificación de la expansión colonial y dominación de pueblos sin escritura, sin autobiografía y, por lo tanto, sin genios individuales que emblematicen los valores sociales y comunitarios.”

Con otros parámetros, y sin el rigor del artículo antes mencionado, la indudable vinculación del espacio autobiográfico con relaciones de poder es desarrollada por Doris Sommer a propósito de la narración de Elena Poniatowska, *Hasta no verte Jesús mío*. Lo que Jesusa Palancares relata a la novelista los miércoles durante dos años se convierte en “una vida emocionante dentro de una lectura aburrida”, “híbrido entre historia oral y hagiografía con lenguaje sentimental”. Independientemente de los juicios de valor que pueda suscitar la novela, las aseveraciones tienen más de temperamental, que de justificación válida, sobre todo porque en muchos puntos se achaca a la biografía de la narradora, el desmérito de su publicación.

En las ponencias no estuvo ausente la literatura argentina. Josefina Ludmer analiza la relación entre estado liberal y cultura a través del corpus autobiográfico de la llamada generación del 80. La lectura de Miguel Cané, Lucio Vicente López y Eugenio Cambaceres sirve para decantar que “la transgresión a las leyes liberales constituye sus identidades liberales”, no en los sujetos reales sino en “las oposiciones autobiográficas escritas”. Támara Kamenszain aborda el libro póstumo de Néstor Perlongher, *Chorreo de las iluminaciones* y donde vuelve a encontrar el *embargamiento* de la estética dariana, como en el poema “Alabanza y exaltación del padre Mario” que parece dialogar con *Cantos de vida y esperanza*. La escritura autobiográfica, tanática casi por definición, alcanza su culminación en el límite con la muerte, instancia a la que también remite la última novela de Sarduy mencionada por Alicia Borinsky. En su ponencia “Humor y autobiografía”, Borinsky se dirige principalmente a textos de Alejandra Pizarnik que rompen con el tono serio de su poesía más conocida y al expreso desmantelamiento del yo de muchos textos autorreferenciales. En alusión a Macedonio Fernández, Pizarnik y Sarduy postula que “el lector debe someterse a un ejercicio crítico que evite la reconversión expulsada por el texto que lee”.

Partiendo de *La rueda de Virgilio* de Luis Gusmán, historia de la escritura de sus propios libros, Juan Orbe hace una lectura de sus últimas novelas donde “lo autobiográfico sólo es posible en tanto que proliferación de ficciones personales”. Alberto Moreira encuentra en dos ficciones de Tununa Mercado y Ricardo Piglia una huella teórica que no sería captada como “locus institucional” sino como tensión contraria, que se efectiviza a partir y desde la ficción. Más específicamente, en Mercado, sería el “remanente destitucional” (algo así como el rechazo a la teoría) lo que acaba por organizar su efecto teórico.

Heterogéneo en cuanto a las disciplinas que abarca, a los enfoques teóricos (todo lo cual es válido), pero también con respecto a la calidad de los trabajos presentados, *La situación autobiográfica* incluye artículos no sólo desde perspectivas teórico-críticas vinculadas a la literatura, sino también a la plástica, la arquitectura y el psicoanálisis, entre otras. En varios casos, el espacio tal vez haya funcionado como limitación, dado que tratándose de ponencias las pocas páginas permitidas interrumpen el desarrollo de los temas en cuestión. Otros artículos, sin embargo, consiguen sintetizar y dar un panorama acabado de las investigaciones en curso.

Más allá de la publicación comentada, no deja de llamar la atención la abundancia de ensayos, investigaciones y libros enteros, así como de simposios internacionales abocados al estudio de lo que Lejeune llamó hace más de dos décadas el “espacio autobiográfico”. Esta nueva mirada que se deleita con la escritura de la introspección, podría ser considerada por algunos como un fenómeno regresivo equivalente al revivalismo y producto del fundamentalismo de las minorías o del apoliticismo de una fascinación por relatos narcisísticos. Pero sólo un enfoque desde afuera podría quedarse con esa opinión, ante los escritos más lucidos sobre el tema que se han venido sucediendo en los últimos años. Y lo cierto es que, con respecto a los relatos confesionales, las lecturas de orden estético discursivo implican siempre un plus epistémico. Este responde a una búsqueda no sólo de la constitución de la subjetividad modelizada, sofocada, impostada, sino también de la temporalidad evanescente en un mundo sincrónico. El impulso, no siempre consciente, hacia los textos con memoria pareciera obedecer en su conjunto a esa

necesidad de arraigo contra la aparente homogeneización del fin de milenio.

***Roxana Páez***